

verdaderos amantes! ¡Lleguéis á salvamento á vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje! ¡Los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida!»

5 Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro, y dijo: «— Llaneza, muchacho: no te encumbres^a, que toda afectación es mala.»

No respondió nada^b el intérprete, antes prosiguió diciendo: «— No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no^c viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma. Y, miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan.

10 — Eso no, — dijo á esta sazón^d D. Quijote. — En esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y, esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate.»

Lo cual oído por maese Pedro, cesó el tocar y dijo: «— No mire vuesa merced en niñerías, señor D. Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo que no se le^e halle. ¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y, con todo eso, corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y deja^f decir; que, como yo llene mi talego, si quiera^g represente más impropiedades que tiene átomos el sol.

25 Así es la verdad», replicó D. Quijote.

Y el muchacho dijo: «— ¡Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos^h católicos amantes! ¡cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, y cuántos atabales y atambores que retumban! Ténome que los han de alcanzar y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo.»

a. ...encubres. BAR. — b. ...nadie. BR.,
— c. ...que viesen. ARR. — d. ...dijo Don.
BR., TON. — e. ...se halle. TON. — ...se

lo halle. MAI. — f. ...deja de decir. RIV.,
FK. — g. ...fiquiere. C., BR., TON.,
BOW. — h. ...de los católicos. ARG.,

8. «— No faltaron algunos ociosos ojos... que no viesen la bajada y la subida de Melisendra. — La energía del que no viesen, equivalente á «que no pudieron menos de ver», desaparecería si, leyendo como quiere el perpetuo innovador, dijésemos: «No faltaron algunos ociosos ojos... que viesen la bajada.»

¿Por qué, pues, retocar el texto?

Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo D. Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huían; y, levantándose en pie, en voz alta dijo: «— No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como D. Gaiferos. ¡Deteneos, mal nacida canalla! ¡No le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en la^a batalla!» Y, diciendo y haciendo, desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y, con acelerada y nunca vista furia, comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á este, destrozando á aquel; y, entre otros muchos, tiró un altibajo tal, que, si maese Pedro no se abaja^b, se encoge y agazapa^c, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapán.

Daba voces maese Pedro, diciendo: «— ¡Deténgase vuesa merced, señor D. Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta! ¡Mire (¡pecador de mí!) que me destruye y echa á perder toda mi hacienda!»

Mas no por esto dejaba de menudear D. Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido^d, y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza^e en dos

a. ...en batalla. TON., ARG., BENJ.,
MAI. — b. ...baja. MAI. — c. ...no se
abajara, se encogiera y agazapara, le.

TON. — d. ...el rey Marsilio degollado,
y. ARG., — e. ...la corona y el cuerpo
en dos. ARG.,

1. Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo. — Que la voz morisma no se haya de tomar, como en éste y otros pasajes de nuestros clásicos (1), en el sentido de «multitud», lo muestra el siguiente ejemplo, en el que vale tanto como «secta»:

«Este es el sepulcro del Rey generoso, de limpio ser y linaje, cumplido en crianza, victorioso, misericordioso, caritativo y prudentísimo entre los reyes de la morisma.» (L. DEL MÁRMOL. *Rebellion de los moriscos*, lib. I, cap. 2.)

11. ...tiró un altibajo tal, que, si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza. — Si en esgrima *altibajo* vale lo mismo que «golpe dado de arriba abajo»; si *cercenar* significa «cortar las extremidades de alguna cosa», y á *cercén* «cortar de raíz»; ¿qué postura tenia, pues, en aquel momento maese Pedro?

Tienen la palabra los que se precian de entendidos esgrimidores.

(1) MARIANA. «Biblioteca de Autores españoles», t. XXXI, pág. 103.

partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta ^a, temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró después de pasada la borrasca, jamás había visto á su señor
5 con tan desatinada cólera.

Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco D. Quijote y dijo: «— Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes. ¡Miren, si no me hallara
10 yo aquí presente, qué fuera del buen Gaiferos y de la hermosa Melisendra! Á ^b buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos ^c canes y les ^d hubieran hecho algún desaguisado. En resolución: ¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!

15 — Viva en hora buena, — dijo á esta sazón, con voz enfermiza, maese Pedro, — y muera yo; pues, soy tan desdichado, que puedo decir, con el rey D. Rodrigo:

« Ayer fui señor de España,
Y hoy no tengo ^e una almena
Que pueda decir que es mía. »

20

a. ...la ventana temió. C., V., BR., BAR., BOW. — b. ...Melisendra, buen. GASP. — c. ...estos dos canes. GASP. —

d. ...esta fuera ya la hora que los hubieran hecho. FK. — e. ...tengo ni una. GASP.

13. ...¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!— « Á pesar de que en este breve razonamiento arde aún con vehemencia la ilusión que á D. Quijote unas figurillas de pasta había representado como á personas de carne y hueso, vivas, animosas y corredoras, el astuto de Ginesillo, que harto conoce el flaco del Caballero, ponderándole el mal servicio que le ha hecho con su valentía, pues le ha destruido la hacienda, lo trae con rara habilidad al extremo increíble de confesar el error de su vista, y enmendarlo generosamente, mostrando una cordura que por maravilla se ve al instante ni aun en los pocos que, desvanecido un acceso maniaco, entran en un intervalo lúcido perfecto. » (Primores del « Don Quijote », pág. 335.)

16. ...soy tan desdichado, que puedo decir, con el rey D. Rodrigo.— Hablando del romance citado en el texto, leemos, en el *Tratado de los romances viejos* (t. I, pág. 168):

« No pueden, en rigor, calificarse de viejos los romances acerca de la pérdida de España. Los seis que admitió Wolf en su *Primavera* están tomados de la *Crónica de Don Rodrigo*, y, por consiguiente, no pueden ser anteriores á la segunda mitad del siglo xv. Pero seguramente ninguno alcanza tal antigüedad. Por el estilo pertenecen todos al siglo xvi, pero unos parecen jugla-

No há media hora, ni aun un mediano momento, que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas; y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y, sobre todo, sin mi mono, que á fe que primero que le vuelva á mi poder me han de
5 sudar los dientes. Y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos y hace otras obras caritativas, y en mí sólo ha venido á faltar su intención generosa: que sean benditos y alabados los cielos allá donde
10 tienen más levantados sus asientos. En fin, el Caballero de la Triste Figura había de ser aquel que había de desfigurar las mías. »

Enternecióse Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole: «— No llores, maese Pedro, ni te laments, que me quiebras el corazón; porque te hago saber que es mi señor D. Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que, si él cae en la cuenta de que te
15 ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.

rescos y otros de poeta algo letrado. Muy rara vez añaden circunstancias poéticas al texto en prosa que van siguiendo, pero debe hacerse una excepción en favor del que comienza

« Las huestes de Don Rodrigo — desmayaban y huían... »

donde, en vez de las fastidiosas declamaciones que la *Crónica* de Pedro del Corral pone en boca del rey vencido, se leen estos animados y valientes versos:

« Ayer era Rey de España, — y hoy no lo soy de una villa,
Ayer villas y castillos, — hoy ninguno poseía,
Ayer tenia criados, — hoy ninguno me servía,
Hoy no tengo una almena — que pueda decir que es mía. »

La concentración lírica de este pasaje, así como la rapidez descriptiva de aquel otro fragmento del mismo romance:

« Iba tan tinto de sangre — que una brasa parecía;
Las armas lleva abolladas — que eran de gran pedrería;
La espada lleva hecha sierra — de los golpes que tenía;
El almete, de abollado, — en la cabeza se hundía. »

muestra el partido que podían haber sacado los poetas del material informe que el libro de Pedro del Corral les ofrecía; pero fuera de estos felices rasgos y de algún otro, como el famoso « ya me comen, ya me comen », que debe su principal celebridad á la cita de Cervantes, la poesía adelantó poco sobre la *Crónica*, ó más bien fué un mero eco de ella, si bien los autores de romances tuvieron el talento de simplificarla, de condensar sus rasgos más expresivos, y, por consiguiente, de mejorarla. »

13. « — No llores, maese Pedro... te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas. — Página profundamente cristiana, esto es, página muy española, propia de la época en que se escribió.

— Con que me pagase el señor D. Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaría contento, y su merced aseguraría su conciencia; porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño y no lo restituye.

5 — Así es, — dijo D. Quijote; — pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro.

— ¿Cómo no? — respondió maese Pedro. — Y, estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló sino^a la fuerza invencible dese poderoso brazo? Y ¿cuyos
10 eran sus cuerpos sino míos? Y ¿con quién me sustentaba yo sino con ellos?

— Ahora acabo de creer, — dijo á este punto D. Quijote, — lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante
15 de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que á mí me pareció, todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra, D. Gaiferos D. Gaiferos, Marsilio Marsilio, y Carlo Magno Carlo Magno. Por eso se me alteró la cólera, y, por cumplir con mi profesión de caballero andante, quise dar
20 ayuda y favor á los que huían, y con este buen propósito hice lo que habéis visto. Si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de

a. ...aniquiló fi la fuerza. BAR.

12. — *Ahora acabo de creer... que estos encantadores... no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren.* — Sorprende que tal error de la vista fuese corregido por el héroe (por el novelista debiéramos decir, hablando en verdad) en el mismo instante de la alucinación; pero, como á Cervantes no le fuesen desconocidas las inconsecuencias del infeliz demente, lejos de hacerle incurrir en ellas por descuido, «introdujoles con el intento de cargar la mano en su sátira, remendando las extravagancias, ridiculeces y dislates de palabra y obra, que forman la trama de muchas y entonces muy celebradas aventuras andantescas; del mismo ingenioso modo que repetidas veces puso en labios del Manchego razones peregrinas en estilo ampuloso y lenguaje revesado y oscuro de cronicón viejo, para mofarse de las que se leen en tantas páginas de los libros de caballerías. Me induce á formar este juicio el hecho de que, bien como no era D. Quijote hombre para dar su brazo á torcer en lance alguno, por apretado y peligroso que fuese, asimismo llevaba la suya adelante, impertérrito, obstinado, ciego en las determinaciones, y mucho más en los errores de concepto ó sentido que á ellas le inducían; de los cuales tampoco fueron parte casi nunca á sacarle advertencias, consejos ni reflexiones del buen escudero, burlas, vencimientos ni porradas de gente fígona, quimerista ó perversa». (PI Y MOLIST. Obra citada, pág. 336.)

los malos que me persiguen. Y, con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas. Vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana.»

Inclinósele^a maese Pedro, diciéndole: «— No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso D. Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen
10 ó podían valer las ya deshechas figuras.»

El ventero y Sancho dijeron que así lo harían; y luego maese Pedro alzó del suelo, con la cabeza menos, al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo: «— Ya se ve cuán imposible es volver á este rey á su ser primero; y, así, me parece, salvo mejor juicio, que se me dé
15 por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio.

— Adelante, — dijo D. Quijote.

— Pues, por esta abertura de arriba abajo, — prosiguió maese

a. Inclinóse. GASP.

13. ...*al rey Marsilio de Zaragoza.* — Testimonio, entre otros, de las mil transformaciones por que ha pasado la leyenda caballeresca, es el nombre de Marsin ó Marsilio.

Si, en la *Chanson de Rollans*, Ganelón propone como condición de paz que se divida España en dos mitades, adjudicándose la una á Roldán y la otra á Marsilio, que previamente recibirá el bautismo de manos del arzobispo Turpin; si en la *Crónica general del Rey Sabio*, en la que se aprovechó de gestas carolingias, se habla de la conspiración del rey Marsilio; si en nuestros romances de Roncesvalles, impregnados del espíritu y hasta de la letra de las canciones francesas, se dice de él:

«Por las sierras de Altamira — huyendo va el Rey Marsin,
Caballero en una cebrá — no por mengua de rocín
La sangre que dél corria — las yerbas hace teñir»;

si cuentan que intentó le bautizase el arzobispo Turpin, queriendo fuese su padrino Roldán; si no se tomó el consejo del traidor Ganelón para dividir España en dos mitades, adjudicándose la una á Roldán y la otra á Marsilio; ¿cómo explicar que aparezca ahora señor de Zaragoza, siendo otro, como pregoná el romance, rey de la misma? Si, al saberse el rapto de Melisendra, manda el rey Marsin tocar al arma, ¿cómo canta el romance:

«Presto sale el Rey Almanzor — de la mezquita rezare...
El Rey Almanzor qu'esto vido — empezara de hablare...
El Rey Almanzor que lo oyera — con tal esfuerzo hablare.»?

¡ Ah! ¿Quién atajará los vuelos de la arrojada fantasía popular?

Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno, — no sería mucho que pidiese ^a yo cinco reales y un cuartillo.

— No es poco, — dijo Sancho.

— Ni mucho, — replicó el ventero. — Médiase la partida, y señá-
5 lensele cinco reales.

— Dénsese todos cinco y cuartillo, — dijo D. Quijote, — que no está en un cuartillo más á ^b menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.

10 — Por esta figura, — dijo maese Pedro, — que está sin narices y ^c un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo ^d en lo justo, dos reales y doce maravedís.

— Aun ahí sería ^e el diablo, — dijo D. Quijote, — si ya no estuviere Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia,
15 porque el caballo en que iban á mí me pareció que antes volaba que corría; y, así, no hay para qué venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo á pierna tendida. Ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor maese
20 Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana; y prosiga. »

Maese Pedro, que vió que D. Quijote izquierdeaba y que volvía á su primer tema, no quiso que se le escapase; y, así, le dijo: « — Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la ser-
25 vían; y, así, con sesenta maravedís que me den por ella quedaré contento y bien pagado. »

Desta manera fué poniendo precio ^f á otras muchas destrozadas figuras, que después lo ^g moderaron los dos jueces árbitros con sa-

a. ...que pidiera yo. TON. — b. ...más
ó menos. GASP., MAI., BENJ., FK. —
c. ...y con un. ARG., BENJ. — d. ...y
me tengo en. TON. — e. ...sería al dia-
blo. MAI. — f. ...precios. TON. — g. ...los.
C., BR., TON., BOW., ARG., BENJ.

4. — Ni mucho, — replicó el ventero. — Médiase la partida, y señá-
lensele cinco reales. — Si miramos con compasión á los que padecen de manía persecutoria,
¿ por qué no tenerla también por los tocados de novedad en todo momento?

Si á ese « tomar un término medio entre dos extremos » llamó aquí Cervantes *mediar*, ¿ por qué privarle hacer gala de variedad de giros, obligándole á la monotonía resultante del *moderar*, que usa muy luego?

10. — Por esta figura... que está sin narices y un ojo menos. — ¡ Qué crueldad la de la sátira! Ayer tipo rozagante de hermosura: hoy tuerta y desnarigada.

tisfacción de las partes, que ^a llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos; y, además ^b desto, que luego lo ^c desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono.

« — Dáselos, Sancho, — dijo D. Quijote, — no para tomar el mono, sino la mona; y docientos diera yo ahora en albricias a quien
5 me dijera con certidumbre que la señora D.^a Melisendra y el señor D. Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos.

— Ninguno nos lo podrá ^d decir mejor que mi mono, — dijo maese Pedro; — pero no habrá diablo que ahora le ^e tome, aunque
10 imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémosos. »

En resolución, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de D. Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese, se fué el que llevaba las
15 lanzas y las alabardas; y, ya después de amanecido, se vinieron á despedir de D. Quijote el primo y el paje: el uno para volverse á su tierra y el otro á ^f proseguir su camino, para ayuda del cual le dió D. Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar ^g en más dimes ni diretes con D. Quijote, á quien él conocía

a. ...partes y llegaron. ARG., BENJ. —
b. ...y a mas de esto. V., — c. ...luego
los desembolsó. TON. — d. ...lo podría de-
cir. ARG., BENJ. — e. ...ahora lo tome.
MAI. — f. ...otro para proseguir. CL. —
g. ...no quiso estar en. TON.

13. ...que era liberal en todo extremo. — El término *liberal*, tomado en sentido político, y que no se mostró en esta acepción hasta 1810, según leemos en un discurso de la Real Academia Española, de tal suerte ha usurpado su primacía al desprendimiento que la liberalidad había otorgado en lo antiguo al ánimo liberal, que casi llega á tenerse hoy por caso nuevo entre gente poco versada en achaques de lenguaje. Echar mano del sobredicho adjetivo para significar la generosidad de quienes se desprenden, sin esperar recompensa alguna, de lo que les es propio; de los que con abnegación trabajan por el bien de sus semejantes; está próximo á caer en olvido. Porque *altruista*, sin haber recibido aún carta de naturaleza en el léxico oficial, viene con tal empuje, que bien pronto ha de lanzarle de sus antiguos dominios.

18. Maese Pedro no quiso volver á entrar en más dimes ni diretes con D. Quijote. — No semejanza, pero si analogía, aunque vaga, hay entre la situación en que se emplea aquí el modismo y aquella otra que nos pinta en *La ilustre Fregona* cuando dice:

« Sábete, amigo, que tiene un bercebú en el cuerpo este conde de Puñonrostro, que nos mete los dedos de su puño en el alma; barrida está Sevilla y diez leguas á la redonda de jácaros; no para ladrón en sus contornos; todos le temen como al fuego, aunque ya se suena que dejará presto el cargo de Asistente, porque no tiene condición para verse á cada paso en *dimes ni en diretes* con los señores de la Audiencia. » (Ed. SANCHA, pág. 81.)

muy bien; y, así, madrugó antes que el sol, y, cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué también á buscar sus aventuras. El ^a ventero, que no conocía á D. Quijote, tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy
 5 bien por orden de su señor; y, despidiéndose dél casi á las ocho del día, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaración desta famosa historia.

a. Al. Cl.



CAPÍTULO XXVII

Donde se da ^a cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que D. Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado

ENTRA Cide Hamete, coronista ^b desta grande historia, con estas 5 palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano*. Á lo que su ^c traductor dice que, el ^d jurar Cide Hamete como católico cristiano siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que, así como el católico cristiano, cuando jura, jura (ó debe
 10 jurar) verdad y decirla en lo que dijere, así él la decia como si ju-

a. ...se cuenta. PELL., ARR. — b. ...coronista de esta. MAI. — c. ...á lo que el se- | gundo autor dice. ARG., — d. ...que al jurar. MAI. — ...que en jurar. ARG., BENJ.

«Érase un pueblo ¿qué digo? un criadero de regidores que rebuznaban á maravilla. Habiendo cundido la noticia á los pueblos vecinos, tiénese por injuriado el del rebuzno al escuchar en propios oídos la repetición adecuadamente plástica de su gracia singular. Rómpanse las relaciones de paz. Todo está dispuesto para la batalla. Acampado militarmente el ejército vengador, vese sorprendido de súbito por la presencia de D. Quijote. Ante la gravedad del caso, interroga, inquiere, discurre y falla el andante Caballero, y en esto pronuncia una de sus más sesudas pláticas.» (CARRERAS. *La Filosofía del Derecho en el «Quijote»*, pág. 85.)

No otro es, en substancia (tras breve introito sobre el asendereado Ginés de Pasamonte), el suceso que se refiere en este capítulo; suceso que tan caro costó á Sancho y que, eclipsando por primera vez la fama que de valeroso había conquistado D. Quijote, trae con ello materia de nuevas reflexiones para el estudio médico de la locura.